

la barba rala, indicios de la mediana sangre parisiense.

Vivía en Marlotte, cerca del bosque de Fontainebleau; siempre con la escopeta al hombro, haciendo como que iba de caza, pero en rigor corriendo en busca de la salud, más que en busca de las perdices y los conejos.

Su residencia en el pueblo había llevado allí toda una colonia parisiense, hombres y mujeres, flores de betún y de café que producían un efecto singular debajo de las vetustas encinas de Fontainebleau; Marlotte se resiente todavía de aquellas visitas.

Diez años después de la muerte de Murger—que murió, como es sabido, en el hospital Dubois—estuve allí con unos amigos en casa de la tía Antony, una taberna célebre. Un hombre del campo, viejo, bebía allí á nuestro lado; un campesino como los de Balzac, negro y curtido. Una vieja harapienta fué á buscarlo, con la cabeza cubierta con un pañuelo encarnado. Le llamó tragón, borracho; él quiso hacer que se la llevaran presa.

—Su mujer de usted no tiene el genio suave, dijo uno cuando la vieja se hubo marchado.

—No es mi mujer, es mi querida, contestó el campesino.

¡Pero había que oír el tono con que lo dijo! Evidentemente aquel viejo conocía á Murger y á sus amigos, y hacía la vida de bohemio á su manera.

Pero volvamos al cafetín. A medida que mis ojos iban acostumbrándose al picorcillo del humo, veía ir yo saliendo por la derecha y por la izquierda, en la densa niebla que nos rodeaba, una porción de cabezas famosas.

Cada hombre tenía su mesa, que venía á ser el núcleo, el centro de toda una legión de admiradores.

Pedro Dupont, viejo de cuarenta y cinco años, grueso y encorvado, con sus hermosos ojos de buey de labor, apenas visible bajo sus pesados párpados, trataba, con los codos apoyados en la mesa, de cantar alguna de aquellas canciones políticas ó rústicas de hermoso ritmo y palpitantes de los bellísimos ensueños del 48, en las cuales resonaban los mil

ruidos de los oficios de la Cruz Roja, embalsamados por los mil perfumes de los valles lioneses. Ya no tenía voz; destruída por el alcohol, parecía un ronquido.

«¡Necesitas el campo, pobre Pedro!» le decía Gustavo Mathieu, el autor de *Los*



*Buenos Vinos, de El Gallo galo y de Las Golondrinas.*

De buena cepa de burgués auvernés, éste había navegado en su juventud y conservaba de sus viajes una gran afición á los aires puros y á los vastos horizontes. Los encontraba alrededor de su casita de Bois-le-Roi, y no asistía al cafetín más que para pasar por él, encorvado, sonriente, con aspecto de Enrique IV, y en todo tiempo con un ramito de flores del campo en el ojal.

Dupont ha muerto en Lyon, en aquella

negra ciudad industrial bastante pobremente.

Sano y seco como un sarmiento, le ha



sobrevivido mucho tiempo Mathieu. Hace muy pocos años que, después de una corta enfermedad, sus amigos le condujeron al cementerio de Bois-le-Roi; cementerio separado por una simple valla

de los campos, verdadero cementerio de poeta, donde se descansa sobre las rosas y á la sombra de las encinas.

El primer día que vi á Gustavo Mathieu, un muchachote alto, colorado, flaco, con aspecto marcial que envidiaría un capitán, estaba á su lado, imitando la voz, copiando sus gestos, Fernando Desnoyers, un original que escribió *Brazo Negro*, pantomima en verso. Al otro lado de la mesa discutía uno con Dupont; era Reyer, nervioso, rabioso, que tomaba notas de los aires improvisados por el poeta; Reyer, el futuro autor de *La estatua*, de *Sigurd* y de otras obras bellísimas.

¡Cuántos recuerdos evoca en mí el nombre sólo del cafetín! ¡Cuántas fisonomías vi allí por primera vez envueltas por el humo y al reflejo de los vasos de cerveza!

Citemos algunos al azar, entre los muchísimos que han desaparecido y entre los pocos que sobreviven. Ahí tenéis á Monselet, prosista delicado, buen poeta; sonriente, gordinflón, con el pelo rizado, el señor de Cupidon parece un galan-

teador abate del antiguo régimen; sin querer se busca sobre sus hombros la esclavinilla corta, flotando al aire como un par de alas.

Champfleury, por entonces jefe de escuela, padre del realismo, el cual confundía en el mismo furioso amor la música de Wagner, las porcelanas antiguas y la pantomima.

Al fin las porcelanas pudieron más: Champfleury ha visto colmados sus deseos, porque es hoy conservador del Museo cerámico de Sèvres.

Allí estaba Castagnary, con chaleco de grandes solapas, á lo Robespierre, cortado del terciopelo de un sillón viejo. Primer pasante en casa de un procurador, se había escapado del bufete para venir á recitar los *Castigos*, de Víctor Hugo, con todo el sabor de fruta prohibida. Lo rodean, lo aclaman, pero se va en busca de Courbet; necesita á Courbet; necesita hablar con Courbet sobre su *Filosofía del arte en el Salón de 1857*. Sin renunciar al arte y sin dejar de escribir con elegante estilo páginas notables sobre nuestros Salones anuales, aquel mu-

chacho simpático, siempre con su burlesca sonrisa en los labios, medio ocultos por sus bigotes caídos, se ha ido metiendo poco á poco en la política. Concejal, luego director del *Siècle*, hoy consejero de Estado, ya no recita versos, ni lleva chalecos de terciopelo grana.

Allí estaba Carlos Baudelaire, un gran poeta atormentado en el arte por la necesidad de lo inexplorado, y en filosofía por el terror de lo desconocido. Víctor Hugo ha dicho de él que ha inventado un estremecimiento nuevo. Y, en efecto, ha hecho hablar como él al alma de las cosas; nadie ha traído de más lejos esas flores del mal, resplandecientes y extrañas como flores tropicales que crecen hinchadas de veneno en las misteriosas profundidades del alma humana. Pacienzudo y delicado artista, muy preocupado de la frase y del vocablo, Baudelaire, por una cruel ironía de la suerte, ha muerto afásico, conservando toda su inteligencia, como lo expresabandolorosamente las quejas de sus negros ojos, pero sin encontrar ya para traducir sus pensamientos, sino el mismo juramento

confuso, repetido mecánicamente. Correcto y frío, de ingenio que cortaba como el acero inglés, de una cortesía paradójica, en el cafetín asombraba á sus compañeros bebiendo licores ingleses en compañía de Constantino Guys, el dibujante, ó del editor Malassis.

Aquel era un editor como no los hay; hombre de talento y literato, gastaba á lo príncipe una bonita fortuna, editando las obras de gentes que le agradaban. También ha muerto; murió sonriendo, casi sin dinero, pero sin quejarse. Y me siento emocionado siempre que me acuerdo de aquella cabeza trapacera y pálida, alargada por las dos puntas de una barba roja que le daba aspecto de Mefistófeles del tiempo de los Valois.

Alfonso Duchesne y Delvau se me aparecen también en un rincón del cafetín. ¡Otros dos! ¡Destino extraño en esa generación agostada en flor, en la cual nadie pasa de los cuarenta años! Delvau, parisiense, enamorado de París, lo admiraba por sus flores, amaba hasta sus defectos; cuyos libritos, muy cuidados y llenos de hechos pequeños y de observa-

ciones pintorescas, han llegado á ser el regalo de las gentes de buen gusto y la alegría de los bibliófilos. Alfonso Duchesne, famoso entonces por su gran disputa con Francisco Sarcey, el cual, enarbolando el pabellón de los Arreglados enfrente de la bandera de los Bohemios, acababa de hacer sus primeras armas en literatura, publicando un artículo de batalla, titulado *Los melancólicos de café*.

En el cafetín era donde Alfonso Duchesne y Delvau escribían sus *Cartas de Junius*, las cuales eran llevadas á la redacción del *Figaro* todas las semanas por un emisario misterioso, y que traían vuelto el juicio á todo París. Villemessant ya no juraba más que por aquel *Junius* misterioso. Evidentemente era un personaje. Todo lo indicaba así: el corte de las cartas, el tono burlón y caballeresco, cierto perfume de nobleza y de barrio aristocrático. Así es que hubo verdadero furor cuando cayó la máscara y cuando se supo que aquellas páginas aristocráticas estaban escritas á vuela pluma por dos bohemios llenos de nece-

sidad en la mesa de una taberna. ¡Pobre Delvau! ¡Pobre Duchesne! Villemessant no les perdonó nunca.

Prescindo de muchos, porque se necesitaría todo un libro para ir describiendo el cafetín mesa por mesa.

Allí había también la mesa de los pensadores: esos no dicen nada, no escriben; piensan. Se les admira, se dice de ellos que son profundos como pozos, y el hecho es que bien podía creerse que lo eran, al verlos tragar jarro tras jarro de cerveza.

Cráneos desnudos, barbas en cascada, olor á tabaco fuerte, á sopa de coles y á filosofía.

Más allá blusas, boinas, gritos de animales, cargas, palabras de doble sentido: son artistas, escultores, pintores. En medio de ellos una cabeza fina y suave, Alejandro Leclerc, algunos de cuyos admirables frescos, que cubrían las paredes del ventorrillo del Molino de Piedra, en Chatillon, destruyeron los prusianos.

A ése se le encontró un día ahorcado; se había ahorcado él mismo en medio de las tumbas, en el patio alto del cementerio del Père-Lachaise, en el sitio mismo

desde el cual Balzac enseña á Rastignac la inmensidad de París. En mis recuerdos del cafetín de los Bohemios, Alejandro Leclerc aparece siempre ri-



sueño y cantando canciones de Picardía; y aquellos aires de su país natal, aquellas coplas rústicas esparcían en torno de la mesa donde él se sentaba, por aquella atmósfera saturada de taba-

co, no sé qué penetrante poesía de los trigos y de los llanos.

Se me olvidaba hablar de las mujeres, porque también había allí mujeres, anti-



guas modelos de pintor, hermosas hembras, un poco ajadas.

Cabezas singulares y nombres extraños, apodos que huelen á malos sitios, partículas pretenciosas. Titina de Barancy y Luisa Navajazo. Tipos irregulares, extrañamente afinados, que habían pasado de mano en mano, y que de cada

uno de sus amantes habían conservado cierto tinte de erudición artística.

Ellas tenían opiniones sobre todas las cosas, y se declaraban según el amante del día, realistas ó románticas, católicas ó ateas. Aquello era conmovedor y ridículo al mismo tiempo.

Muy pocas nuevas, jovencillas á quienes había admitido en su seno el terrible areópago; la mayor parte de ellas envejecidas en aquella vida, habían conquistado por rigurosa antigüedad cierta autoridad indiscutible. Luego había las viudas, las antiguas queridas de autores ó de artistas conocidos, dispuestas á educar á cualquier principiante recién llegado de su pueblo. Un conjunto revuelto donde se fumaban cigarrillos que arrojaban pequeñas espirales azuladas de humo en medio de la densa niebla producida por las pipas y por los alientos.

Los jarros de cerveza ruedan, los mozos corren, las discusiones se agrían; hay gritos, brazos que se levantan, melenas que se sacuden, y en el centro, gritando por dos, gesticulando por cuatro, de pie encima de una mesa, moviéndose

como si nadara por un mar de cabezas, Desroches, que guía y domina con su voz de saltimbanqui, la batahola de aquella feria. Estaba muy bien de aquel modo, con aspecto inspirado, con la camisa abierta, la corbata suelta, flotante, hecho un verdadero bastardo del sobrino de Rameau.

Todas las noches iba á aturdirse, á emborracharse de palabras y de cerveza, á buscar colaboradores, á hablar de proyectos sobre libros, á engañarse á sí mismo y á olvidar que su casa le era odiosa, que era imposible trabajar sentado, y que ya no sería capaz de volver á escribir *Las uvas moscateles*. Cierto que había allí, en aquel cafetín, espíritus nobles y serias preocupaciones. Y á veces, un hermoso verso, una paradoja elocuente refrescaba la atmósfera como corriente de aire puro que disipase el humo de las pipas. Pero si había algunos hombres de talento, en cambio, ¡cuántos Desroches! Si había algunos instantes de viveza, en cambio, ¡cuántas horas tristes y perdidas!

Luego, ¡qué tristeza al día siguiente;

qué despertar más amargo en el descorazonamiento de la náusea; qué disgusto de aquella vida que, sin embargo, no tenía una fuerza para dejar! ¡Ahí tenéis á Desroches; ya no ríe, queda en suspenso la mueca que estaba haciendo, acaba de pensar en sus hijos que van creciendo, en su mujer que envejece, y que cada vez se encanalla más, en el látigo, en la gorra, en la blusa, en el traje de carretero, que parecía original en otro tiempo—una noche de baile de máscaras fué la primera que se lo puso,—pero que le parece nauseabundo ahora!

Cuando le acometían esas negras ideas, Desroches desaparecía, se iba á un pueblo, y se llevaba á su extraña familia.

Vendedor de relojes, cómico en Odesa, alguacil en Bruselas, compadre de un escamoteador, ¿cuántos extraños oficios no ha tenido? Luego volvía cansado, disgustado hasta de eso mismo.

Un día, en el bosque de Bolonia, quiso ahorcarse, pero lo descolgaron unos guardias. En el cafetín le dieron broma, y él mismo hablaba de su aventura con una sonrisilla falsa. Algún tiempo des-

pués, decidido á concluir, se precipitó en una de esas espantosas canteras, abismos de calcáreo y de greda que hay en las cercanías de las fortificaciones de París. Allí pasó la noche, reventado y con los brazos y las piernas rotos.

Aún vivía cuando lo sacaron de la cantera.

«Vaya, ahora van á decir que soy el hombre que marra siempre.»

Esas fueron sus últimas palabras. Tuvo sesenta días de agonía, y luego murió. No le olvidaré jamás.

